

INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA AFRICANA

Eugenio Nkogo Ondó

XVI Jornadas África:

“UNA MIRADA A LAS CULTURAS AFRICANAS: LITERATURA, FILOSOFÍA, MÚSICA Y DANZA” [Valladolid, 21, 22 y 23 de febrero de 2017]

¡Buenas tardes!

En primer lugar, me gustaría agradecer al comité organizador de estas Jornadas, de forma especial a Pedro, a Fermín, a Macu y al resto de los componentes de UMOYA, a esta Facultad de Derecho, a la Fundación Alberto Jiménez-Arellano Alonso, cuyo Museo de Arte Africano he visitado esta mañana en compañía del íntimo amigo y compañero, prof. Antolín Robles. Y, cómo no, mi agradecimiento se extiende a todas las Instituciones que han contribuido a esta celebración.

Hace más o menos un año que Pedro se puso en contacto conmigo y me cursó oficialmente la invitación a participar en el evento, algo que acepté sin demora, porque comprendí el interés que tiene la organización que representa en compartir e intercambiar impresiones y conocimientos. Dado que mi ponencia versa sobre la “Introducción a la Filosofía africana”, en principio, debo reconocer que el término “filosofía” (“amor a la sabiduría”), es un término moderno, nuevo, en relación con el tipo de sabiduría a la que se refiere. El gran inconveniente consiste en que, por lo general, se ha confundido, se confunde todavía, en el Occidente, esta sabiduría primigenia con la palabra “filosofía”, que fue empleada por primera vez, en el siglo V a. C. por Pitágoras de Samos. De ahí surge mi polémica con el filósofo alemán Martín Heidegger, tal como lo expongo en mi obra, *La pensée radicale*.

Si se entiende por filosofía, un saber universal y racional con el que se pretende alcanzar un conocimiento verdadero de la totalidad de lo real, en la medida en que el filósofo propone indagar sus orígenes o sus causas motrices o primordiales, entonces esta forma de aproximación a la realidad próxima o lejana, material o espiritual, concreta o abstracta..., tuvo lugar por primera vez en África varios milenios antes de Cristo. Este tema recurrente ha sido uno de los mejores capítulos de la investigación científica a partir de los mediados del pasado siglo XX. Para entrar en él, habría que observar que la filosofía africana no es como la griega-occidental que tiene cuatro etapas, sino que se compone de cinco periodos que se enumera así: pre-teocéntrico o pre-teogónico, antiguo, medieval, moderno y contemporáneo. El primer periodo, el pre-teocéntrico explica los orígenes de los pensamientos, astronómico, geométrico y matemático, que fueron cultivados en el suelo africano muchos miles de años antes que en otros continentes. El segundo periodo, el antiguo, denominado teocéntrico o teogónico, porque en él se explica el origen divino del universo, como lo demuestran los sistemas metafísicos bambara, dogon, fang, peul, yoruba, etc. El tercero, el medieval, resume las aportaciones éticas,

científicas y humanísticas que se realizan en Aksum, Etiopía, en el imperio Mandingo, entre los Yoruba, Nigeria, y en otros focos. El cuarto arranca también en Etiopía y se extiende al África occidental y a otras regiones. Y, por fin, el quinto período se inaugura con las reflexiones de los intelectuales de la diáspora o del mismo suelo africano desde el siglo XVIII hasta hoy.

Los datos de la investigación sobre el período pre-teocéntrico nos sitúan en África del Sur, a 200 km. al este de la ciudad del Cabo donde, en unas excavaciones, Christopher Henshilwood, especialista en Paleontología humana, descubre en 1990, una serie de artefactos excepcionales fabricados por los Blombos (*pedras, grabados, collares, etc.*) que revelan la existencia de un comportamiento cognitivo, de hace 80.000 años, ejercido por la *memoria, el lenguaje, el razonamiento, la inteligencia, la tecnicidad.* etc. Estos hallazgos hicieron sucesivos ecos en algunos medios especiales de comunicación, tales como: *The Journal of the Human Evolution*, de diciembre de 2001, la revista *Science*, del 11 de enero de 2002, sin olvidar la publicación del periódico *Le Monde*, del 16 de febrero de 2002.

Indudablemente, estos datos nos ponen de manifiesto que el despertar intelectual de la modernidad ha tenido lugar en África unos 50.000 años a. C. antes de su instalación en Europa. Por eso, Denis Vialou, profesor del Instituto de Paleontología humana de París, ha confirmado que “*las industrias microlíticas africanas son, en efecto, más antiguas que sus homólogas europeas. Muchas de África del Sur remontan a 40.000 ó 50.000 años antes de nuestra era, cuando, en Europa occidental, las más viejas no van más allá de 10.000 años (Le papyrus d’AHMÈS, Revue d’Humanités Classiques Africaines, année 2015, n° 1, p. 6. Y, Kum’á Ndumbe III, L’Afrique reprend sa place, Conférence donnée en langue allemande, à la section d’AfricAvenir International Berlin, vendredi 9 février 2018, 19 heures, Éditions AfricAvenir, Vienne/ Autriche, 2018, p. 14-15).*”

En cuanto a ese arte creativo de los Blombos, lo que más ha llamado la atención a los estudiosos, es que ellos lograron tallar unos fragmentos de ocre sobre los cuales trazaron inteligentemente figuras geométricas en forma de triángulos perfectos. Contemplándolos, Christopher Henshilwood ha podido exclamar que se trata de los primeros trazados geométricos de la historia humana, realizados sobre una piedra, cuyos lados han sido cuidadosamente pulidos con el fin de materializar ciertos conocimientos. Con lo cual, concluye que esos grabados “*reposaban sobre un lenguaje sintáctico completo (Idem, Ibidem.)*”

Por su parte, el matemático togolés, Pascal Kossivi Adjmagbo, profesor de l’École Centrale de Paris, quien, en su riguroso análisis, mantiene que sólo hay tres tipos fundamentales de pavimentos, a saber: el *triangular*, el *cuadrangular* y el *hexagonal*. A partir de esta investigación, invita a los especialistas mundiales a no perder de vista al alcance científico del invento de los Blombos, porque las figuras geométricas que nos aporta han sido empleadas profusamente en las tecnologías punta. Los hechos inciden en esa explicación magistral del pensador africano, porque, por ejemplo, dichos trazados nos remiten al sistema de *triangulación* puesto recientemente en marcha por los GPS. Aquí, descubrimos evidentemente que la utilización de estas combinaciones triangulares, en nuestros desplazamientos, nos ofrece la posibilidad de guiarnos por la asistencia de un

satélite dotado de un programa localizador. Además de esto, los expertos en la cuestión admiten unánimemente que la ciencia de la *triangulación* sigue siendo utilizada en el universo de los *elementos finitos*, y citan los ejemplos de las industrias aeronáutica y automovilística, en concreto, en sus *cálculos de estructuras*, en la *evaluación de las resistencias de los materiales*, etc., sin olvidarse de los *modelados numéricos* en la arquitectura y en las previsiones meteorológicas.

Por todo ello, puntualiza el profesor K. Adjamagbo que, entre los principales pavimentos descubiertos, el que suscita más interrogación intelectual es el pavimento triangular, es decir el modelo establecido por los Blombos (Idem. Ibidem).

Sin salir del suelo surafricano, nos adentramos en el pequeño enclave de Swazilandia. Ahí, en las montañas de Lebombo, los arqueólogos descubrieron en los años 70 el famoso hueso de peroné de un babuino, en el que los habitantes de la zona marcaron 29 incisiones, cuya datación remonta a un periodo que oscila entre 37.000 y 35.000 años antes de Cristo. Este es el testimonio más antiguo del cálculo matemático. Así las profesoras Isabela Argesaru y Florentina-Claudia Dumitrescu sostienen que, con este descubrimiento, es necesario retroceder a los “*orígenes de las matemáticas, estos están estrechamente unidos a los conceptos de número, de talla y de forma*”. Partiendo de esta observación, deducen que los grabados de Lebombo son “*los ensayos primigenios de medir el tiempo*”, que guardan una gran similitud con los diseñados por otras culturas africanas, tales como los llamados Bushmen, de Namibia, o los Ekang, los antiguos Fang. Admiten, en fin, que, de acuerdo con los relatos de Marco Polo (1254-1324), “*la técnica del cálculo de los bastones fue utilizada mucho más tarde por los chinos.*” (Isabela Argesaru et Florentina-Claudia Dumitrescu, “*L’histoire des chiffres*”, *Bulletin scientifique en langues étrangères appliquées* [En ligne], Le français sur objectifs spécifiques, Numéro 1. Bulletin scientifique en langues étrangères appliquées, mis au jour le: 11/07/2013. Citado por N. K. Omotunde, *Le papyrus d’Ahmès*, o. c. p. 7).

En este orden de consideraciones, el profesor Richard Mankiewicz, de la universidad londinense de Middlesex, en su obra titulada *L’histoire des mathématiques*, resalta la importancia que esta ciencia ha tenido en los esfuerzos de la humanidad y en los cambios de modos de vida, al mismo tiempo que matiza que lejos de ser un dominio exclusivo de una élite de filósofos, de sacerdotes y de sabios, la disciplina en cuestión “*ha influido de una manera o de otra en cada sector de la actividad humana*”, pone punto final a sus reflexiones ensalzando este hecho singular por el cual “*el más antiguo testimonio de los cálculos numéricos haya sido exhumado en Swazilandia, en África austral...*” (Richard Mankiewicz, *L’histoire des mathématiques*, Paris, Seuil, 2001, p. 30, citado por N. K. Omotunde, *Les Papyrus d’Ahmès*, Idem, Ibidem.)

En definitiva, este primer ensayo de medición del tiempo emprendido por aquellos viejos antepasados de Lebombo es, sin lugar a dudas, una de las mejores representaciones del mes lunar que, como se sabe, tiene 29 días, un esfuerzo que será retomado y ampliado más o menos por los Ishango, como lo veremos enseguida.

Desde Suráfrica, rumbo hacia África central, llegamos al pueblo de los Ishango, a 15km del Ecuador, en una de las orillas de lago Rutanzige, conocido hoy con el nombre de lago Eduardo, de donde sale el río Semliki para desembocarse en el lago Alberto, fuente del histórico y divino Nilo. En este lugar, que se sitúa exactamente en la frontera

entre la actual República Democrática del Congo y la República de Uganda, en unas excavaciones realizadas por los autóctonos y dirigidas por el arqueólogo belga, Jean de Heinzelin de Braucourt, se descubre en 1950, una serie de huesos de animales (que remontan a 25.000 años a. C.) en los que los viejos Ishango grabaron un conjunto de signos. Estos huesos fueron analizados microscópicamente por Alexandre Marshak y se conservan todavía en el Museo de Historia natural de Bruselas. Entre ellos, sobresalen dos peronés de babuino: estos son los “bastones des los Ishango”, de una longitud de 13 y de 14 centímetros, con una anchura visiblemente diferente, uno algo grueso y el otro casi arqueado. En los extremos de menor anchura, encajaron dos fragmentos de cuarzo; se trataría, a mi modesta opinión, de instrumentos bien afilados destinados a practicar incisiones y demás actividades. Atendiendo a sus aspectos, se observa que el arqueado lleva en el lado derecho cuatro grupos de incisiones: de arriba abajo, 11 incisiones en el primer grupo, 13 en el segundo, 17 en el tercero y 19 en el cuarto. En el lado izquierdo, aparecen del mismo modo otros cuatro grupos de incisiones: 11 en el primero, 21 en el segundo, 19 en el tercero y 9 en el cuarto. A su vez, el bastón rectilíneo presenta ocho grupos de incisiones y, de arriba abajo, tenemos: 3 en el primero, 6 en el segundo, 4 en el tercero, 8 en el cuarto, 10, en el quinto, 5, en el sexto, otros 5 en el séptimo y 7, en el octavo. El análisis de estas últimas incisiones, nos revela que los Ishango no sólo inventaron y utilizaron lo que se llamó posterior y universalmente sistema métrico decimal, sino también que diferenciaron perfectamente los números pares y los impares y conocieron todas las “operaciones de la duplicación”. De acuerdo con este esfuerzo intelectual, obtuvieron estos resultados: a), $11 + 13 + 17 + 19 = 60$; b), $11 + 21 + 19 + 9 = 60$ y b), $3 + 6 + 4 + 8 + 10 + 5 + 5 = 48$; lo que, en total, arrojó finalmente la cifra de 168. En relación con ella, la mayoría de las interpretaciones coinciden en que las secuencias de los signos utilizados por los Ishango constituyen el primer “calendario lunar correspondiente a un periodo de seis meses por lo menos.” (Claudia Zaslavsky, *AFRICAN SCIENCE, African Mathematics*, “The Yoruba Number System”, *Journal of the African Civilizations*, Vol. I, N° 2, November, 1979, p. 23).

En esta misma línea, el astrofísico camerunés, Jean Paul Mbeleck, en su aproximación metodológica estrictamente pedagógica y convencional, asegura que: “la lectura del hueso derecho de los Ishango, es totalmente comprensible si lo consideramos como un documento codificado (secreto)... que requiere la aritmética elemental y se basa en los números primos y las duplicaciones”. Así, al presentar esos artefactos a sus alumnos, los ha invitado a desarrollar “las correspondencias aritméticas (de tipo: $11 + 2 = 13$ y $17 + 2 = 19$, etc.) de cada columna, explotando las bases 2 y 10, para hacerles comprender que ninguna cifra fue fruto del azar.” (Jean Paul Mbeleck, “Le deschiffrement de l’os d’Ishango”, revue *Ankh*, n° 12/13, éd. Khepera, *Le papyrus d’AHMÈS*, o. c. p. 18-19. Y, Kum’a Ndumbe III, *L’Afrique reprend sa place, Conférence donnée en langue allemande*, à la section d’AfricAvenir International Berlin, *vendredi 9 février 2018*, o. c., p. 16-17).

A su vez, el profesor Dirk Huylebrouck, al estudiar este maravilloso invento, asegura que: “*el bastón de los Ishango se ha convertido en un objeto que confirma que a algunos Africanos les encantaba divertirse con los cálculos.*” (Dirk Huylebrouck, revue *Pour la Science*, avril/juin 2005, n° 47, p. 48, Idem, Ibidem.)

Este es el extremo al que llegó el genio ishango, estos son, en efecto, los datos obtenidos de su observación y, por supuesto, del cálculo de esos movimientos que le reflejaban los distintos ciclos o posiciones del gran satélite de la tierra, en sus fases de *luna llena, nueva, creciente y menguante*. Dado que los relumbrantes rayos del sol que le impedían la posibilidad de aplicar el mismo método a la duración de su salida y de su puesta, lo cierto es que su indagación nos pone ante lo que los filósofos griegos llamarán, después de tantos miles de años, teoría “geocéntrica”. (Eugenio Nkogo Ondo, *Le génie des Ishango, synthèse systématique de la philosophie africaine*, Éditions du Sagittaire, Paris, 2010, p. 82-85)

Es grato anunciar, en fin, que el bastón de los Ishango, habiendo sido reconocido como un emblema del mundo científico belga, en su memoria no sólo han erigido un colosal monumento de 7 metros, en la Plaza de la Moneda, en Bruselas, si no también han creado el *Premio científico ishango* para los alumnos de Ciencias.

Del mismo modo, es grato recordar que, desde aquella inmensa región don habitan los Ishango, llamada hoy Zona de los Grandes Lagos, sale una de las primeras olas migratorias de la humanidad. En ellas, los africanos, siguiendo los márgenes del río Nilo y, con distintos asentamientos, llegan hasta el Delta, su confluencia con el mar Mediterráneo. Este territorio se llama Kemet o Kemit, Tierra negra, porque la habitan ellos. Las inundaciones periódicas del caudaloso río les brindaron una buena coyuntura y, con ella, inventaron la geometría justamente cuando se pusieron a medir el suelo, con el fin de alejar sus terrenos de cultivo de donde llegaban aquellas aguas... En Kemit crearon tres grandes imperios: Antiguo imperio (-3500-2000), Imperio Medio (-2000-1580) y Nuevo Imperio (-1580-661) (Joseph Ki-Zerbo, *Histoire de l’Afrique noire*, Hatier, 1978, p. 65-66. Cheikh Anta Diop, *Antériorité des civilisations nègres, mythe ou vérité historique?*, Présence Africaine, 1967, 1993, p.148, 154 et 172).

En esa tierra florecieron las grandes revoluciones de la humanidad: en filosofía, en arquitectura y en todas las demás disciplinas intelectuales. Los griegos, al aterrizar ahí en el siglo IX a. C., se dieron cuenta rápidamente de que sus habitantes eran *Aithiopes*, *Negros*, y, con esta evidencia, la denominaron *Aithiopia*, *País de Negros* (Alain Bourgeois, *La Grèce antioque devant la négritude*, Présence africaine, 1971, p. 20) que, para ellos fue la cuna de todos los saberes, a donde tenían que acudir sus filósofos, literatos, sabios y políticos para beber directamente de su inagotable fuente de conocimientos, que transportaron a la antigua Grecia. Como la enseñanza que recibían, la impartían los sacerdotes en los templos, siendo *Khi Khu Phtah*, uno de ellos, el templo del dios Phtah, cuyas paredes estaban cubiertas de ilustraciones o pinturas de ovejas, entre otros animales, la transformación onomatopéyica de su nombre dio *Aiguptos*, Egipto, tal como lo conocemos hoy. El hecho de que el término yoruba *aguton* signifique también oveja, nos revela, en primer lugar, que “el nombre del templo podía ser aplicado a los animales pintados en sus paredes” y, en segundo lugar, que es una buena prueba que demostraría que “la emigración de los Yoruba es posterior al contacto de Egipto con los Griegos” (Cheikh Anta Diop, *Nations nègres et culture II*, Présence Africaine, troisième édition, 1979, p. 382).

En la antigua cosmogonía teogónica egipcia, sus pensadores admitían que, antes que nada, existía el *Noun*, realidad infinita, increada, abismal, en la que cabían todos los seres posibles, junto con el *Khepra*, el devenir. Este último, al ser intermediario de los cambios, impulsó al padre *Noun* a pasar al acto todo aquello que, hasta entonces, conservaba en estado de potencia. El primer fruto de esta actividad fue la aparición del dios *Râ*, el verdadero demiurgo del universo, quien, asumiendo la misión creadora, sopló el Schou (el Aire) y escupió Tefnout (el Agua). “Schou y Tefnout engendraron a Geb (Tierra) y a Nout (el Fuego, la Luz, el Cielo). Nout y Geb engendraron a Osiris, a Hharkhentimiriti, a Seth, a Isis y a Nephtys. Estos multiplicaron sus descendencias por toda la tierra.” (Emile Amélineau, *Prolégomèmess à l'étude de la religion égyptienne, essai sur la mythologie de l'Égypte*, Paris, Ernest Leroux, Éditeur, 1908, p. 153-156).

Analizando de cerca este orden sucesorio, diríamos que el dios *Râ*, junto con sus creaturas más inmediatas, el Aire y el Agua, constituyen la supertrinidad de la cosmogonía teogónica egipcia y que, estos dos últimos, junto con sus hijos, Geb y Nout, son los cuatro progenitores que, al unirse con los cinco siguientes, configuran la *eneada*, es decir el fin de la obra de la creación de los nueve dioses.

Pues bien, los que tengan el propósito de agotar su esfuerzo intelectual en la investigación de la Filosofía griega deben darse cuenta de que sus componentes: Tierra, Aire, Agua y Fuego, son justamente los cuatro dioses de la antigua cosmogonía egipcia.

Todos los filósofos griegos que viajaron a Egipto, a su vuelta a Grecia, reproducirán de una forma o de otra la doctrina cosmogónica del Egipto de la Negritud. Así para Tales de Mileto *el arjé* es el agua (Tefnout), para Anaximandro el *ápeiron*, lo infinito que recuerda a la infinidad de seres futuros posibles que existían en el seno del *Noun*, para Anaxímenes el aire (el Schou), para Heráclito de Efeso, es el fuego (el Nout). Cuando Pitágoras de Samos afirma que la sustancia de todas las cosas es el número y que el número por excelencia es el 10 representado por el *tetractús* o la *tétrada*, como un triángulo que tiene por lado el 4, esto es, sin duda, una de las mejores representaciones de las pirámides egipcias que reposaban sobre una base cuadrada. De hecho, si dibujamos un cuadrado y en medio de él trazamos un aspa para unir las aristas de sus ángulos, al levantar el centro (del aspa) hacia arriba, tendríamos una pirámide perfecta. Teniendo en cuenta que fue precisamente Pitágoras el que permaneció durante 22 años en Egipto, es fácil comprender que hiciera una reproducción más o menos exacta de lo que aprendió ahí.

El ser eterno e inmutable de Parménides tiene la característica de la materia increada egipcia. Empédocles afirmará que el principio no es una substancia única sino que se compone de agua, aire, tierra y fuego, mientras que Anaxágoras sustituirá la "n" del *Noun* egipcio por la sigma (s) para obtener el *nous* griego. Aristóteles, a su vez, cree que el mundo sublunar se compone de agua, aire, tierra y fuego y que el mundo celeste está poblado de substancias inmutables, ingenerables e incorruptibles, en los que se observa una clara influencia de la separación entre el *Noun* y los primeros seres creados por su hijo, el dios *Râ*. La reproducción más completa e imperfecta de la cosmogonía egipcia la lleva acabo Platón. De esta cosmogonía deduce su doble concepción del mundo: el inteligible o de las ideas y el de la realidad sensible. El mundo inteligible es eterno e inmutable, reflejo de la eternidad del *Noun* egipcio, sin embargo, el mundo de la realidad sensible, que abarca todo lo cambiante, representa todo lo que ha sido creado por el dios *Râ*, el demiurgo del mundo. Pero el demiurgo platónico no es realmente un

creador, no tiene origen, es más bien una figura extraña al proceso de la creación del universo. Surge de repente, cuando el dios eterno ya había completado su obra de la creación del mundo. Siendo bueno, quiso crear el mundo a su imagen y semejanza. Así, viendo que todo cuanto es visible, se movía de manera caótica y desordenada, determinó conducirlo del desorden al orden. Esto fue una exigencia lógica, supuesto que este era "mejor que aquel". Imaginó, pues, que a lo óptimo sólo le estaba y le está permitido hacer lo más bello. Razonando de esta manera, llegó a la conclusión de que, en el mundo de la realidad visible nunca los seres irracionales podían ser más hermosos que los racionales y que era imposible que la razón se generase en algo sin alma. Por eso, procediendo a "ensamblar el mundo, colocó la razón en el alma y el alma en el cuerpo, para que su obra fuera la más bella y mejor por naturaleza". Al ser moldeado con sumo cuidado de la mano eterna, el universo parecía a un verdadero "ser viviente provisto de alma y razón por la providencia de dios." (*Diálogos, Filebo, Timeo, Critias*, traducciones, introducciones y notas por M^a Ángeles Durán y Francisco Lisi, Editorial Gredos, S. A., Madrid, 1992, p. 173. *Timée, Critias*, Traduction inédite, introduction et notes par Luc Brisson, avec la collaboration de Michel Patillon, GF Flammarion, 1992, p. 123).

Pues, por ser visible y tangible, empezó a construirlo a partir del fuego y de la tierra que, al unirse, necesitaron un tercer elemento y su vínculo o unión requería una perfección matemática. Y con este pensamiento, puso el agua y el aire en medio del fuego y la tierra para que estuvieran en la misma relación proporcional mutua, cuya armonía fue posible gracias al amor o a la amistad. Por fin configuró el universo en forma de una esfera y lo imprimió un movimiento circular. Pero, que dios no pensó en hacer el alma más joven que el cuerpo, tal como pensamos cuando la intentamos describir, por eso, al ensamblarlos, no habría permitido que lo primero en la creación fuera gobernado por lo segundo.

Este es el momento de la aparición del demiurgo y su primera actividad fue hacer el alma primera en origen y en virtud y más antigua que el cuerpo. La creó dueña de sí misma de esta manera:

"En medio del ser indivisible, eterno e inmutable, y del divisible que deviene en los cuerpos mezcló una tercera clase de ser, hecha de los otros dos. En lo que concierne a las naturalezas de lo mismo y de lo otro, también compuso una tercera clase de naturaleza entre lo indivisible y lo divisible en los cuerpos de una y otra. A continuación, tomó los tres elementos resultantes y los mezcló con todos en una forma: para ajustar la naturaleza de lo otro, difícil de mezclar, a la de lo mismo, utilizó la violencia y las mezcló con el ser. Después de unir los tres componentes, dividió el conjunto resultante en tantas partes como era conveniente, cada una mezclada en sí misma con la otra y con el ser..." (Idem, p. 174, 175, 176, 177, 178-179. Idem, p. 120-124).

En primer lugar, Platón ha realizado tres composiciones. En la primera consigue una tercera clase de ser que es la mezcla de lo eterno e inmutable, llámese indivisible, con lo mutable, llámese divisible. En la segunda, obtiene una tercera naturaleza que es la mezcla o la suma de las dos naturalezas anteriores. En la tercera "tomó los tres elementos resultantes" y los mezcló "en una forma", para ajustar sus naturalezas en una mezcla definitiva con el ser. Y, a partir de estas tres composiciones realiza la última operación, esta es: la división de esa totalidad en tantas partes cuanto fuera posible.

Aquí habría que hacer tres observaciones:

1) El proyecto inicial del dios eterno, el de crear un mundo en el "que todas las cosas fueran buenas y no hubiera en lo posible nada malo", que tenía que ser continuo, sufre un corte intencional que da paso a la figura del demiurgo, cuyo origen y naturaleza resultan imprecisos.

2) Con su acción, asistimos a la segunda creación del alma. El dios eterno al colocar "la razón en el alma y el alma en el cuerpo", la había creado con suficiente antelación.

3) Esta segunda creación a partir de una mezcla de lo indivisible con lo "divisible que deviene en los cuerpos", complica el acto de la primera creación efectuada por el dios eterno, en la que el alma aparecía en su estado de pureza independiente del cuerpo. Por el contrario, esta vez su esencia integra un componente corporal. Las sucesivas combinaciones que resultan de la mezcla de distintos elementos, de este esfuerzo creador, carecen de una clara denominación ontológica, porque sólo son números. El intento de proyectar una luz sobre su posible denominación lleva a Luc Brisson a llamar "ser intermediario", a la primera mezcla, el "mismo intermediario", a la segunda, y "otro intermediario", a la tercera. (*Timée, Critias*, o. c. p. 283, Anexe I, "les mélanges d'où résulte l'âme du monde").

Aun con eso, parece que nos encontramos todavía ante seres amorfos. Cualquier lector de la obra platónica podría pensar fácilmente que, con estas operaciones, el filósofo nos introduce definitivamente en la *diánoia*, cuyos objetos eran precisamente los entes matemáticos, el nivel del conocimiento anterior a la *nóesis*. Pero, se desconcertaría al comprobar que lo que en principio parecía creación se reduce a una ordenación matemático-geométrica que, al operar con "elementos resultantes" difíciles "de mezclar", como lo reconoció el mismo Platón, hace también difícil, por no decir imposible, la conceptualización lógica o metafísica que correspondería a la abstracción de sus entes... Estas fueron las consecuencias negativas de la defectuosa adaptación a la filosofía griega de la doctrina de la cosmogonía egipcia, sin mencionar ni siquiera su fuente original. Por eso, Albert Rivaud nos advierte que el *Timeo*, al "no ser una teología completamente elaborada, puede ser interpretada, según la disposición del intérprete, como una especie de teoría de la procesión o como una doctrina de la creación todavía confusa y mal desarrollada. Aparece en el pensamiento de Platón muchas inspiraciones diferentes a las que él no supo o no quiso remitir." (Albert Rivaud, *Platon, Oeuvres*, tome 10, "*Timée*", "*Critias*", Les Belles Lettres, Paris, 1956, notice, p. 39. Citado por Cheikh Anta Diop, *Civilisation ou Barbarie*, o. c. p. 438).

La confusión se manifiesta con más evidencia al analizar detenidamente la división que efectúa Platón de la última mezcla de los tres elementos anteriores. Veamos:

“Comenzó a dividir así: primero, extrajo una parte del todo; a continuación, sacó una porción el doble de esta; posteriormente tomó la tercera porción, que era una vez y media la segunda y tres veces la primera; y la cuarta, el doble de la segunda, y la quinta, el triple de la tercera, y la sexta, ocho veces la primera, y, finalmente, la séptima, veintisiete veces la primera.” (*Diálogos, VI, Filebo, Timeo, Critias*, o. c. p. 179. *Timée, Critias* 34c- 36a, o. c. p. 124).

En síntesis, se comprueba que aquí le salen tres progresiones geométricas. La primera, a razón de 2 (1, 2, 4, 8) y, la segunda, a razón de 3 (1, 3, 9, 27). El demiurgo uno o suma las dos para lograr una tercera progresión y le sale esta: 1, 2, 3, 4, 9, 8, 27. Como se observa, ha invertido el orden de los términos 8 y 9 sin explicar el porqué. En mi modesta interpretación, entiendo que, si el 9 va antes que el 8, esto significa que hay una absoluta prioridad de los números impares a los pares. Si se extrae los números pares de esta última progresión, es decir si se extrae el 2, el 4 y el 8, tendríamos: 1, 3, 9 y 27, que sería igual a la segunda progresión geométrica. Ni el mismo Platón, ningún otro filósofo o investigador de la civilización occidental ha podido explicar este cambio. Para salir del laberinto habría que recurrir a la filosofía africana, en concreto a la antigua concepción del mundo de los Woyo, una raza que habita en el Sur de la región de Katanga y en el norte de Zambia... Estos, igual que Platón, han empleado las mismas progresiones geométricas en su cosmogonía. Para ellos, “el número 27 juega un papel especial porque corresponde de alguna manera a la supertrinidad de la *eneada* egipcia: $3 \times 9 = 27$.” (Ch. Anta Diop, *Civilisation ou barbarie*, Présence Africaine, Paris, 1981. p. 402).

En definitiva, en ese antiguo sistema filosófico, se creía que, para cambiar el orden cósmico, un orden que permitiera la sucesión continua entre la filiación matrilineal y la patrilineal, habría que conservar la suficiente potencia mística para poder tomar posesión de nueve divinidades multiplicadas por tres, lo que hace 27 divinidades. Así se encuentra “el simbolismo de 27 anillos de cobre tanto entre los Woyo como entre los Kongo, que es, del mismo modo, la base de la cosmogonía de los Yoruba. La *eneada* egipcia se ha conservado también en el Nyambeísmo, en la R. D. del Congo, en forma de nueve principios de energía cósmica.” (Idem, *Ibidem*).

Obviamente, los vocablos Nyambe, Anyambe, Nzame Nzambi, Nzambe, etc., empleados en distintas lenguas vernáculas, designan una misma realidad: el Dios Eterno. La explicación o exposición sistemática de su intervención en el proceso de la creación del universo, constituye el Nyambeísmo, una corriente del pensamiento que, como lo hemos anunciado anteriormente, integra una gran parte de la Filosofía africana del período antiguo o teocéntrico.

Una mirada retrospectiva al discurso platónico nos revela que este filósofo ha hecho un uso demasiado incoherente de esa supertrinidad sin tener en cuenta su causa esencial original. Las composiciones sucesivas hechas de diversos elementos para crear el alma del mundo demuestran que ha invertido el proceso por el cual el dios Râ había hecho surgir de sus entrañas a sus criaturas más inmediatas: el Schou y el Tefnout. La confusión de la tercera progresión -no se sabe bien si es de razón aritmética o geométrica- indica que opera en Platón la necesidad o la fuerza con la que aquella Trinidad extendió hasta el infinito su obra de la creación del universo...

Si la filosofía occidental se consolida con la teoría del ser de Parménides de Elea, influido por el concepto de la eternidad del *Noun* egipcio, si Aristóteles efectúa de forma definitiva la sistematización de esta metafísica bajo la sombra de esta influencia y, si Platón intentando hacer una reproducción matemático-geométrica inexacta, quizás confusa, de las infinitas manifestaciones de los Devenires del dios Râ, el verdadero demiurgo de la cosmogonía egipcia, es considerado como un filósofo insuperable, entonces habría que corregir la interpretación tradicional y casi dogmática reinante en

todo el Occidente, que reconocía a la ciudad de Mileto como el centro de donde surgió la filosofía, y aceptar de una vez para siempre que esta nació en Egipto.

En eso coinciden los grandes egiptólogos del siglo 20... Emile Amélineau (1850-1915), al reconocer que "si ciertas ideas de Platón han sido oscuras, es porque han dejado de referirse a su fuente egipcia, por ejemplo, el caso de las ideas sobre la creación del mundo por el Demiurgo", afirma que

"Los sistemas más famosos de Grecia, fundamentalmente los de Platón y de Aristóteles tuvieron origen en Egipto. He observado que el buen genio de los griegos supo conservar las ideas egipcias de forma incomparable, sobre todo en Platón; pero he pensado que el mérito que hemos otorgado a los griegos, no debe ser un demérito para los egipcios. En nuestros días, cuando dos autores colaboran juntos, la gloria de su obra común pertenece a ambos indistintamente: no veo por qué la Grecia antigua guarda el honor de las ideas que había tomado de Egipto." (Emile Amélineau, *Prolégomènes à l'étude de la religion égyptienne*, Ernest Leroux Éditeur, Paris, 1908, Introduction, VIII-IX. Ch. A. Diop, *Nations Nègre et cultures II*, Troisième édition, Présence Africaine, Paris, 1979, p. 407-408. Eugenio Nkogo Ondó, *Síntesis sistemática de la filosofía africana*, Centro de Estudios Africanos, Universidad de Murcia, 2001, p. 44).

En el ámbito científico o de la filosofía de la ciencia, los intelectuales más honestos del mundo clásico griego echaron en cara a sus compatriotas de haber plagiado a sus maestros egipcios. De la misma manera que el egipcio plasmó su saber filosófico en múltiples escritos o testimonios de su cosmogonía teogónica, expuso sus teorías científicas en otra serie de Papiros. El Papiro egipcio ha sido, por decirlo de alguna manera, objeto de negocio y ha circulado entre gente muy extraña en toda Europa. El que haya leído la colección de los *Cuentos del antiguo Egipto, historias de dioses, hombres y sabios*, Ediciones Abraxas, Barcelona 2000, hecha por el egiptólogo Gastón Maspero, puede fácilmente darse cuenta de la enorme variedad de estos Papiros. Se puede enumerar una serie de más de 20 Papiros que, en un principio, cayeron en manos de profanos de la materia y fueron posteriormente rescatados, descifrados e interpretados por diversos egiptólogos...

Independientemente de los que ha manejado Maspero en su libro, aparecen, en otros contextos o en estudios diferentes, los Papiros que tienen un gran valor filosófico o científico. Estos se ordenan así: *The Rhind Mathematical Papyrus* (el *Papiro Rhind*), publicado por Thomas Eric Peet, en The university Press of Liverpool, en 1923, y el *Mathematischer Papyrus des Staatlichen Museum der Schönen Künste in Moskau* (el *Papiro de Moscú*), publicado en Quellen und Studien zur Geschichte der Mathematik, en Berlin, 1930. Estos dos primeros fueron escritos más o menos hacia el 2.600 a. C. Tras ellos, siguen el *Adwin Smith Medical Papyrus* (el *Papiro médico Adwin Smith*), escrito hacia el 1.400 a. C. y el *Papiro demótico Carlsberg 1 a 9*, del 144 d. C.

El *Papiro de Moscú* se compone de 14 problemas. De entre ellos, el filósofo de la Filosofía de la historia africana, Cheikh Anta Diop, nos ha traducido el texto íntegro del problema nº 10. En él se trata de averiguar el cálculo exacto de la superficie de una semicircunferencia y, al mismo tiempo, de la circunferencia. El valor del π descubierto hasta entonces era de 3,16, próximo al 3,14. A partir de múltiples operaciones lograron el cálculo de un cilindro exinscrito en una circunferencia cuya altura era igual al diámetro de esta. El problema nº 14 trata del cálculo del volumen de una pirámide truncada y de

un cono. Se sabe que 2.000 años más tarde, Arquímedes atribuyó dicho invento a Eudoxo después de haber atribuido el resto a sí mismo. En su tratado *Del método*, comunica a su amigo Eratóstenes que "su método mecánico (de los pesos y de las figuras geométricas)" era la "única fuente de sus principales descubrimientos". En este sentido, no menciona ninguna fuente egipcia en sus obras *De la circunferencia y del cilindro* o *De la medida del círculo*, ni siquiera compara su valor del π 3,14 con el 3,16 de los egipcios. En su tratado *Del equilibrio de los planos o de su centro de gravedad*, que se apoya sobre el equilibrio de la palanca, se olvida totalmente de que este fue un problema que los egipcios habían dominado desde 2.600 a. C., en la época de la construcción de las pirámides (Cheikh Anta Diop, *Civilisation ou barbarie*, Présence Africaine, o. c. p.301). Del mismo modo, se ha sabido ciertamente que, para levantar un monumento de 5 millones de toneladas de piedras a la altura de 148 metros, comprendiendo bloques de varias toneladas, era necesario tener ideas claras de la mecánica y de la estática e imprescindible venir en conocimiento profundo de la teoría de la palanca. Y con razón suficiente, Struve insiste en que "debemos admitir que, en cuanto a la mecánica, los egipcios tenían más conocimientos de lo que podríamos imaginar" y que sus planos "son tan exactos que los de los ingenieros modernos. " (Vasilii Vasilevich Struve, *Mathematischer Papyrus des Staatlichen Museums der Schönen Künste in Moskau* (Quellen und Sstudien zur Geschichte der Mathematatik; Abteilung A; Quelle, Band I) Berlin, 1930, p. 178-179, citado por Ch. A. Diop, *Civilisation ou barbarie*, o. c. p. 307).

En su epitafio descubierto por Cicerón en Siracusa, se ensalzaba de que su descubrimiento más importante había sido el cálculo de la superficie de una circunferencia inscrita en un cilindro con una altura que medía igual al diámetro de aquella, sin tener en cuenta que los egipcios lo descubrieron miles de años antes de él. Por último, mientras Diodoro de Sicilia cree que Arquímedes inventó el torniquete durante su viaje a Egipto, Estrabón atribuye el mismo invento a los egipcios sin mencionar ni siquiera a Arquímedes. Por su mala fe, Arquímedes ha sido acusado de falta de honradez por haber guardado silencio de estas "vías que seguimos hoy todavía, pero que él ha borrado cuidadosamente la huella de sus pasos. " (Paul Ver Eeke, *Les Oeuvres complètes d'Archimède*, Albert Blanchard, Paris 1960, p. XLIX, citado por Ch. A. Diop, Idem. p. 298, 301 y 310).

El *Papiro Rhind*, este es el más extenso, en él se plantea y se resuelve por medio de complicadas operaciones matemático-geométricas más de 80 problemas. En el problema nº 53, se demuestra que el teorema atribuido a tales de Mileto, por el que "haciendo coincidir el extremo de la sombra de un bastón puesto verticalmente con el extremo de la sombra de la gran pirámide, se podía construir" una figura, de distintas progresiones geométricas, fue descubierto 1.300 años antes de su nacimiento. El nº 48 explica el descubrimiento del teorema falsamente atribuido a Pitágoras de Samos, en la que se demuestra que en un triángulo rectángulo, la suma de los cuadrados de los catetos, es igual al cuadrado de la hipotenusa. Se sabe, como reconoció Plutarco, que Los egipcios representaban el mundo en forma de un triángulo más perfecto, como Platón, en su política, parece haberlo empleado como símbolo de la unión matrimonial. En este triángulo el lado vertical se compone de 3 partes, la base 4 y la hipotenusa 5. El lado vertical simboliza el hombre, la base la mujer y la hipotenusa el progenitor de ambos. La segunda parte del mismo problema desarrolla el cálculo de la cuadratura del círculo. En

los problemas que van del nº 24 al 38 se expone las operaciones correspondientes a las ecuaciones de primero y de segundo grado. Entre el 41 y el 43 se desarrollan las fórmulas para hallar los volúmenes del cilindro, del paralelepípedo y de la circunferencia y, del mismo modo, en los que van del 49 al 52, se amplía el cálculo para las superficies del rectángulo, triángulo y el trapecio. Los incluidos entre los números 57 y 60 tratan de calcular la pendiente o inclinación de una pirámide, a partir de las líneas trigonométricas habituales: seno, coseno, tangente o cotangente. Los que caen entre los números 64 y 79 tratan del álgebra, de todas "las series matemáticas", del análisis de los *gnomons*, de la *tetraktús* o *tétrada* de Pitágoras, así como su empleo de los signos jeroglíficos egipcios, etc., (Thomas Eric Peet, *The Rhind Mathematical Papyrus*, University Press of Liverpool, 1923, pl. Q. R. p. 78, 80-82, 93-94 y 121-122. Ferdinand Hoefler, *Histoire des Mathématiques*, Lbr. Hachette, Paris (4e éd.) p. 99, 129-130; citados por Ch. Anta Diop, *Civilisation ou barbarie*, o. c. p. 304-306, 330-331 y 340-344).

Si esto es el resumen del balance hermenéutico de la investigación filosófica contemporánea, es un imperativo compararla o, por lo menos, considerar su coincidencia con la antigua. Entre sus incontables autores, sólo citaremos a unos pocos partiendo de Heródoto, el verdadero creador de la Filosofía de la historia del mundo clásico griego, quien tilda a "Pitágoras de ser un simple plagiario de los egipcios" y reconoce enfáticamente que estos "son los inventores exclusivos de la geometría que enseñaron a los griegos" (Hérodote, *Histoire, Livre II*, Garnier Frères, Paris, 1904, p. 109). Detrás de este testimonio sigue el que revela esta conversación entre Fedro y Sócrates:

"Sócrates. - Pues, bien, oí decir que vivió en Egipto en los alrededores de Naucratis uno de los antiguos dioses del país, aquel a quien le está consagrado el pájaro que llaman Ibis. Su nombre es Theuth y fue el primero en descubrir no sólo el número y el cálculo, sino la geometría y la astronomía, el juego de damas y los dados, y también las letras." (Platón, *El banquete, Fedón y Fedro*, Colección universitaria de Bolsillo, Punto Omega, Ediciones Guadarrama, S. A., Madrid, 1969, p. 374-375. Platon, *Le banquet, Phèdre*, Traduction, notices et notes par Émile Chambry, Garnier Frères, Paris, 1964, et Flammarion, Paris, 1992, p. 190-191).

Habría que recordar que Thoth, en la sabiduría egipcia, es el escribano divino, el encargado de anotar el peso de las almas en el juicio final, que, dependiendo de su maldad o bondad y de la unión que han tenido con el cuerpo en la vida terrena, puedan pasar al reino eterno de Osiris o ser condenadas o arrojadas al lago del Doble fuego.

De su parte, Aristóteles quien, junto con su maestro Platón, constituye uno de los modelos filosóficos cuyas doctrinas han sido consideradas como insuperables por la gran mayoría de los investigadores occidentales, afirma que:

"Todas las artes de que hablamos estaban inventadas cuando se descubrieron estas ciencias que no se aplican ni a los placeres ni a las necesidades de la vida. Nacieron primero en aquellos lugares donde los hombres gozaban de reposo. Las matemáticas fueron inventadas en Egipto, porque en este país se dejaba un gran solaz a la casta de los sacerdotes." (Aristóteles, *Metafísica*, séptima edición, Colección Austral, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1972, p. 13-14. Aristote, *La Métaphysique*, Pocket, 1991, p. 42-43).

Al lado de estas manifestaciones, he preferido saltar las subsiguientes para dar paso a las opiniones o a los juicios de Plutarco quien, evocando la experiencia acumulada por las generaciones de sus compatriotas anteriores a él, en tierras egipcias, asegura:

"De ello dan fe los más sabios griegos: Solón, Tales, Platón, Eudoxo y Pitágoras, que fueron a Egipto y se relacionaron con los sacerdotes; y algunos añaden también a Licurgo. Dicen que Eudoxo recibió las enseñanzas de Conufis de Menfis; Solón, las de Sonkis de Sais, y Pitágoras las de Enufis de Heliópolis. Parece que Pitágoras quedó muy admirado, y también él fue muy admirado por los sacerdotes egipcios y,

copiando de ellos su simbolismo y sus enseñanzas ocultas, forjó enigmas que incorporó a sus doctrinas. En realidad, la mayoría de los preceptos pitagóricos no difieren en nada de los escritos que llaman jeroglíficos...” (Plutarco, *Isis y Osiris*, Nota introductoria y traducción de Fransesc Gutiérrez, José J. de Olañeta, Editor, Barcelona, 2013, p. 35).

Al leer este texto, debo hacer estas observaciones: 1) su coincidencia no sólo con las fuentes más antiguas que confirman que la sabiduría helénica procede de Egipto, sino también con las interpretaciones objetivas que van desde el umbral del siglo XX hasta hoy. 2) Que, en lo que se refiere a aquellos pensadores que cita, al mencionar a Platón y a Eudoxo antes que Pitágoras, se ve que no ha tenido en cuenta la distancia cronológica que los separa. 3) Pues, en el desarrollo definitivo de su ensayo, sin haber tenido un conocimiento previo del sistema cosmogónico egipcio donde Osiris e Isis ocupan el primero y el cuarto lugar respectivamente entre las criaturas de Seb y Nout, ha intentado deformar la mitología egipcia y compararla con la griega sin aclarar que esta es muy posterior a aquella. Y 4) Que siendo Plutarco un neoplatónico del primer siglo de nuestra era, es lógico que su informe acerca de Pitágoras sea, en ciertos aspectos, incompleto en relación con los que han podido ofrecer aquellos que formaron directamente parte de la corriente pitagórica.

En efecto, se sabe que Pitágoras no sólo fue el más famoso, sino también el más grande de los pensadores presocráticos. Tuvo múltiples biógrafos, entre los cuales cabe citar aquí a Aristógeno de Tarento, a Nicómaco de Gerasa, a Antonio Diógenes, a Porfirio y a Jámblico. Para no alargar demasiado el tema, nos interesa resaltar algunos detalles de estos dos últimos para poner de manifiesto lo que se podría llamar el resplandor de su maestro en el mundo filosófico griego. Empezamos por Porfirio. Este autor, tras remontar a su nacimiento como hijo de Mnesarco quien, además del cuidado paterno lo confiaba a educadores, como Andrócles y otros, cuenta que frecuentó Ferécides de Siros, Hermódamas y Creófilo, un contemporáneo de Homero. Pensando en la posibilidad de alcanzar una formación sólida e integral, se dirige a Mileto, donde se entrevista con los miembros de su escuela, sobre todo, con Tales quien le informa que el *País de Negros* era la cuna de todos los saberes, una noticia que sirvió de catalizador a su estado de ánimo. Porfirio no vacila en reconocer que, de acuerdo con Antifón, Pitágoras se quedó totalmente seducido y deseoso de participar en la vida austera que practicaban los sacerdotes egipcios, lo que le llevó a pedir a Polícrates que escribiera a su amigo Amasis, entonces rey de Egipto, para planearle el problema... Después de obtener la recomendación del mandatario egipcio, se presentó a los sacerdotes de Heliópolis, quienes, conscientes de su mediador, se deshicieron de él enviándolo a los de Memfis, por ser los más antiguos, estos, a su vez, con el mismo pretexto lo remitieron a Dióspolis. Al ser aquellos los últimos, no les quedaba otra excusa, sabiendo que, si no lo admitían entre sus iniciados, frustrarían los buenos deseos de rey, lo admitieron imponiéndole tareas muy difíciles para que desistiera y regresara a su país. Pero, al comprobar que las cumplía con mucho gusto y esmero, lo aceptaron como uno de los suyos y, de esta manera, le permitieron acceder a sus templos y a aprender todos sus misterios... De vuelta a la Jonia, creó su Escuela que se llamó el hemicírculo de Pitágoras donde se reunían los samoanos para deliberar los asuntos políticos, mientras que fuera de la ciudad él mismo se instaló en una gruta adaptada a su filosofía, en la que pasaba la mayor parte de sus días y noches con algunos de sus adeptos. A los cuarenta años, constatando que la tiranía de Polícrates se hacía cada vez más insoportable, se trasladó a Italia y a Sicilia. En aquellas tierras fundó la *Megalé Hellas* (la Magna Grecia) donde fue recibido como un *théios anèr*, un “hombre divino”, ahí es donde desarrolla al máximo tanto su forma de vida como la teoría y práctica de su filosofía hasta su muerte, en Metaponte, teniendo como único modelo el que había aprendido de sus maestros egipcios (Porphyre, *Vie de Pythagore et Lettre à Marcella*, texte établi et traduit par Édouard des Places, S. J. Correspondant de

l'Institut, Avec un appendice d'Alain-Philippe Segonds, troisième tirage, Les Belles Lettres, Paris, 1982- 2010, p. 35, 38-40, 43 y 44, etc.)

Cabe señalar que esta una biografía sumamente apretada, corta, que se compone de 66 páginas, en otros términos, lo que en ella resume Porfirio, será su discípulo Jámblico, el que se encargará de entrar en los pormenores de la vida de Pitágoras. Con este propósito, después de haber seguido su infancia hasta los dieciocho años, empieza a contar las paradas que lo conducirán hasta lo más alto del saber filosófico. De Mileto, donde ha tomado definitivamente la decisión de ir a Egipto para poder experimentar los ritos de la pura adoración a los dioses, se ha trasladado al pie del monte Carmelo, un lugar consagrado exclusivamente a Zeus, al enterarse de que un barco egipcio se disponía a zarpar de vuelta a casa, acercándose a los marineros, les preguntó: “¿Van ustedes a Egipto?”, la respuesta afirmativa le hizo saltar de alegría, lo dejaron embarcar y, en silencio, se colocó en una esquina en la que pensó que no podía molestar a nadie... Enseguida los marineros se dieron cuenta de que, a bordo, llevaban a un huésped especial. Al llegar al destino final, siguiendo las recomendaciones pertinentes, entró en contacto con los sacerdotes y los profetas para aprender de ellos todo lo necesario.

“Así pasó 22 años en Egipto en el secreto de los templos, consagrándose a la astronomía, a la geometría y a la iniciación, no superficialmente ni de otra forma cualquiera, en todos los misterios de los dioses, hasta el momento en que fue hecho preso por las tropas de Cambises, que lo llevaron a Babilonia.” (Jamblique, *Vie de Pythagore*, Introduction, traduction et notes par Luc Brisson et Alain Philippe Segonds, 2e tirage revu et corrigé, Les Belles Lettres, Paris 1996- 2011, p. 13-14).

Aunque preso, estuvo en contacto con los magos, aprendiendo a fondo lo que había de venerable en ellos y su forma de rendir culto a los dioses, después de doce años en el país en cuestión, a la edad de 56 años regresa a Samos, donde sólo fue reconocido por los viejos quienes se percataron de que su alto nivel de sabiduría lo convertía en un “dáimon”, un intermediario entre los dioses y los hombres. No obstante, al emprender su sistema de educación simbólica como la que aprendió en Egipto, los samoanos no lo comprendieron... En esta situación, se fue a Italia, instalándose, primero en la célebre ciudad de Crotona, donde había una gran cantidad de gente interesada en la búsqueda del saber. Aquí tiene lugar los inicios del pitagorismo, de la escuela pitagórica, los métodos de admisión a los que querían pertenecer a ella, la separación de sus alumnos en dos grandes bloques: el de los esotéricos y exotéricos, la inauguración de su vida misteriosa, junto con los hechos extraordinarios que se le atribuyen, etc. Esta coyuntura le permitirá extender su actividad a Sicilia. Así, según se cuenta, el espíritu crítico que infundió a sus discípulos, contribuyó a la liberación de muchas ciudades que habían estado esclavizadas durante mucho tiempo, entre las cuales, además de Cortona, se incluiría Síbaris, Catania, Regio, Himero, Agrigento, Tauromenio, etc. Esto representa, representaba, sin duda, uno de momentos de mayor esplendor en el que profundizaría los contenidos de su enseñanza y el desarrollo de sus teorías, como la de la amistad, de la propiedad entre amigos o en la comunidad, de la piedad y de la impiedad, de la justicia, de las relaciones entre las generaciones, del papel de la música, de la medicina y del arte de la adivinación en la educación y en la solución de los problemas humanos, de los números en sí mismos y en relación con los dioses y, de forma especial, de la *tétrata* o *tetraktús*, el número por excelencia, la armonía total tanto de lo visible, de lo sensible, como de lo inteligible, “fuente que contiene en ella las raíces de la naturaleza eterna” (Idem, p. 20-30; 37-40; 42-47; 52-55; 84; 91), etc.

Lejos de extendernos en estas largas consideraciones que nos desviarían del objetivo propuesto, es preciso recordar que el auge de sus doctrinas en el mundo grecorromano, en todo sus ámbitos, llevará a Pitágoras a acuñar una terminología

específica y única que ha inmortalizado e inmortalizará su nombre través de la historia universal y del pensamiento. Allá, al noreste del Peloponeso, tuvo lugar su encuentro con el rey León, el tirano de Phlonte, quien le preguntó: “¿quién eres!”, y él respondió: “filósofo”. Ante tan inaudito término, el rey quiso saber algo más. Para satisfacer su curiosidad, le explicó con una metáfora en la que comparaba la motivación humana con lo que ocurría en los panegíricos, en donde se podía diferenciar tres grupos: a) de los que acudían a la cita pensando en el comercio, para vender sus mercancías; b) el de los que pretendían hacer de la gloria su habilidad física y b), el de los espectadores, -los liberales- que tenían por objeto interrogar las “bellas realizaciones”, los actos de excelencia, los discursos y las exhibiciones que sucedían durante dichas fiestas. De esta triple aproximación a este momento concreto de interacción, dedujo:

“Así también encontramos, en la vida, a los hombres que se concentran en un mismo lugar para sus preocupaciones, donde unos, les mueve el deseo de las riquezas y del placer; a los otros, el del poder y de la potencia y de locas rivalidades. Pero la clase más pura de los hombres, es la del que ha elegido la contemplación de las cosas más bellas, el que se denomina precisamente “filósofo.” (Jamblique, *Vie de Pythagore*, o. c., p. 33 y 173).

Estas premisas confirman, de una vez para siempre, que la vía por excelencia del conocimiento filosófico es la de la contemplación de la realidad en su totalidad, es decir de las infinitas formas en las que se nos presenta. Y, del mismo modo, el testimonio establece, ciertamente, que fue Pitágoras el primero en declararse o llamarse “filósofo”. De esta manera, puntualizó que el verdadero sentido o significado de este vocablo era, “deseo de sabiduría”, por así decirlo, “amor de la sabiduría”, mientras que la misma sabiduría se entendía como “la ciencia de la verdad de los seres”, tratando, en primer lugar, de los “seres” desprovistos de materia, los eternos e incorpóreos y, en segundo, de los que tienen “formas corporales y materiales, porque son engendrados y perecederos.” (Idem, p. 89). Esta es la doctrina que será desarrollada incansablemente por Platón y Aristóteles y trascenderá a todo el Occidente hasta la fecha. Respecto el tema, debo insistir en que, esta estricta separación entre lo eterno y lo creado, evoca la eternidad del *Noun*, realidad increada, abisal, y la obra de su primer hijo, el dios *Râ*, que dio paso al origen del universo creando estos cuatro elementos: el Aire, el Agua, la Tierra y el Fuego, que son los pilares fundamentales de la metafísica griega.

Con estas aclaraciones que juzgo oportunas, se puede acceder con buen pie al *Papiro médico Adwin Smith* que plantea el tema de la investigación de las funciones del cerebro. Este descubrimiento se remonta a 1400 años antes de Demócrito de Abdera, a quien se lo atribuyeron en Grecia. El mismo documento presenta unos 48 casos de cirugía ósea y de patología externa: se trata, por ejemplo, del “descoyuntamiento de la mandíbula, de las vértebras, de las espaldas, de la perforación del cráneo, de la fractura de la nariz, de las clavículas, de la fractura del cráneo sin rotura de meninges, etc. ”, de lo cual es evidente que “los cirujanos egipcios habían alcanzado la cumbre de su arte desde la época menfita” (Gustave Lefèbvre, *Essai sur la médecine égyptienne de l'époque pharaonique*, P.U.F. 1956, p. 39. Et Jean Vercoutter, “Rubrique”, in *La Science antique et médiévale*, P.U.F. Paris, 1957, p. 50. Citados por Ch. Anta Diop, *Civilisation ou barbarie*, o. c., p. 362).

Este fue el resultado de la práctica realizada por los expertos de la cirugía egipcia que vivieron 2.000 años antes de Hipócrates. En este mismo sentido, en el *Papiro*

demótico Carlsberg n° 4, se describe el diagnóstico y las fórmulas de su terapéutica tradicional y su posterior adaptación por Hipócrates.

El *Papiro demótico Carlsberg I a 9*. El n° 1 recuerda las leyendas que giran en torno a las significaciones de las "décadas". En la antigua astronomía egipcia el año se dividía en principio en 36 décadas o períodos de 10 días. Inventaron después el año compuesto de 12 meses de 30 días cada uno, que en total arrojaban una cifra de 360 días, más los cinco días correspondientes a sus dioses: Osiris, Isis, Horus, Seth y Neftis. Según esto, el año se dividía en 3 sesiones de cuatro meses, el mes tenía 3 semanas de 10 días y 24 horas. Se dieron cuenta de que a este año le faltaba un cuarto de día para corresponder a una revolución sideral completa. Por fin, a partir de 4.236 a. C., inventaron el último calendario, llamado astronómico "civil", en el que se incluía el retardo o cambio de tiempo de un cuarto de día al año para obtener 365 días. Por último, el *Carlsberg n° 9* describe los métodos de las determinaciones de las fases de la luna. Aquí se demuestra una clara conexión con la tarea emprendida por los Ishango en la zona de los Grandes Lagos. Estas investigaciones astronómicas serán bien heredadas por los Dogon, en la República de Malí.

Junto a estas ciencias, los egipcios inventaron la geometría e inauguraron una arquitectura geométrica (la de las pirámides) que todavía no ha sido superada por las técnicas más avanzadas de los últimos siglos. Inventaron la Química y la metalurgia del hierro. Se sabe que la palabra "química" procede de la palabra egipcia "kemit" ("negro"), que hasta hoy conserva la misma significación en walaf, la lengua hablada actualmente por el 80% de los habitantes de la República del Senegal. Con ella aludían antiguamente "a la larga duración de fusión y de destilación habituales en los laboratorios para extraer los productos deseados." (Ch. A. Diop, *Civilisation ou barbarie*, o. c. p. 353-354, 358, 360, 362-365 y 436).

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí, la filosofía y la ciencia del Egipto de la Negritud alumbró a la filosofía y a la ciencia griega.

"Lejos de la idea de que Arquímedes y los griegos, en general, que llegaron tres mil años después que los egipcios, no hayan avanzado más que estos en los distintos campos del saber, sólo quisiéramos subrayar que, como sabios, deberían haber indicado claramente lo que ellos heredaron de sus maestros egipcios y lo que realmente aportaron. Pues, casi todos han fallado en cumplir esta norma elemental de honestidad intelectual." (Cheikh Anta Dkiop, *Idem* . p. 310).

Eratóstenes, "en sus escritos a Batón" nos aporta un nuevo caso similar al de Arquímedes y revelador de la actitud de muchos griegos: mientras él mantiene que Eudoxo, quien junto con Platón permaneció 13 años en Egipto, compuso *Diálogos cínicos*, otros afirman "que los habían escritos los egipcios en su lengua, y que él no hizo más que traducirlos al griego." (Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, tomo 2, Libro VIII, Ediciones Teorema, 1985, p. 169)

El hecho de que la mayoría de los helenos no fueran sinceros con ellos mismos y con sus maestros egipcios constituye la fase o la dimensión que yo he llamado esotérica u oculta de la filosofía griega y, evidentemente, de toda la filosofía occidental.

Después de varios siglos de convivencia fructífera entre los africanos y los helenos en Egipto, el Nuevo y último Imperio empieza a requebrarse. A pesar de haber sido reforzado por Piankhi, Shabaka y Shabataka, sufre un continuo declive desde el momento

en que Taharka toma el poder a mano armada... Si Tebas era la ciudad inexpugnable en la que se apoyaban los faraones de turno para sofocar las invasiones extranjeras que se sucedían en el Delta, tras la muerte de Taharka, en 664 a. C., tres años más tarde, en 661, Asurbanipal interviene en Egipto y saquea la resistente capital. Con la conquista de los Persas, en 525 a. C., y la de Alejandro Magno, en 333 a. C., los Negros africanos emprenden otra emigración que los llevará a sus orígenes, hasta los territorios en los que se encuentran hoy, mientras que otros, en minoría, cruzan el mar Rojo y se asientan en diversas zonas.

El retorno al antiguo hábitat es una continuación de la misma forma-de-ser o de-estar-en-el-mundo, cuyos focos culturales y pensamientos no sólo guardan una estrecha afinidad entre sí, sino también con los que desplegaron en Egipto. Si antes os he hablado de la analogía que había entre la supertrinidad de la cosmogonía teogónica egipcia y la de los Woyo, de la República Democrática del Congo y de Zambia, podéis encontrar otras tantas similitudes en otras culturas africanas. Por ejemplo, el sistema cósmico de mi propia cultura Fang, cuyos grupos y subgrupos habitan en Kenia, en Camerún, en Guinea Ecuatorial, en Gabón, en el Congo Brazza, e incluso en Príncipe y Santo Tomé, sostiene que, en principio, sólo existía Eyóo, realidad increada, la nada, no en el sentido absoluto sino en el sentido en que antes de él no había nada. De su seno surgió un remolino que exhibía cuatro fases en dos colores: khong (oro) y ngos (cobre), khon (oro) y ngos (cobre), que, en su rápido movimiento giratorio, se convirtió en círculo de cobre, en Aki Ngos, el “huevo de cobre”, que creció enormemente como una bola de caucho que se infla y, tras alcanzar el grado máximo de incandescencia, explotó en infinitas partículas relumbrantes que dieron lugar a los Mikut mi Aki, las Galaxias. Mikut mi Aki engendró a Biyem-Yema Mikut, los Vacíos Intergalácticos; Biyem-Yema Mikut engendraró a Dzop Biyem-Yema, los Abismos; Dzop Biyem-Yema engendró a Bikoko Bi Dzop, las Constelaciones.

A partir de aquí se concluye la procesión de los elementos que saltaron de la explotación de Aki Ngos. A estos les sucede la procesión de los grandes espíritus. El primero de ellos es: Ngwa Bikoko; este engendró a Mba Ngwa, el segundo, Mba Ngwa engendró a Zokomo Mba, el tercero; Zokomo Mba engendró a Nkwa Zokomo, el cuarto; Nkwa Zokomo engendró a Mebegue me Nkwa, el quinto. El prolífico Mebegue me Nkwa tuvo cuatro hijos, estos fueron:

- 1) Nzame Mebegue, el Dios del Cielo, de la Tierra, de los Humanos y del Soplo,
- 2) Kare Mebegue, el dios de los Inmortales de Engong.
- 3) Ndong Mebegue, el progenitor de los mortales de Okuiñ y, por fin,
- 4) Zong Mebegue, el azote del mal o el represor de los malos espíritus. (Tsira Ndong Ndoutoume, *Le Mvett, l'homme, la mort et l'immortalité*, L'Harmattan, 1993, p. 17-18).

Esas nueve divinidades nos recuerdan las que, en la cosmogonía egipcia, desfilan hasta Nephtys y completan la *eneada*. De ahí que, para los Fang, el número 9, *ebúu* o *ebulu*, signifique: infinito, múltiple, absoluto, perfecto o la misma Perfección, etc. ¿Y qué se puede decir del número 3, *láa*, la tríada? Su significado es mucho más complejo que el anterior: indica tanto pluralidad de mundos como realidades concretas o abstractas. Con él, el Fang puede referirse a la triple concepción de la estructura del universo, que sería:

1.- El mundo terrestre, donde evolucionan todos los seres físicos, con sus facultades naturales;

2.- El mundo intermedio, reservado a los hombres muertos (prematuramente antes del agotar la duración normal de su existencia);

3.- El mundo de los espíritus, el mundo definitivo. Es el dominio de la culminación de los espíritus puros (Jean-Marie Aubame, *Les Beti du Gabon et d'ailleurs, Tome II, croyances, us et coutumes*, postface du professeur Fidèle-Pierre Nze-Nguema, Éditions L'Harmattan, Paris, 2020, p. 108).

El número 3 designa también a los niveles de la vida humana, a saber: material, racional y espiritual. Evoca del mismo modo a las fases de la existencia, que son: el nacimiento, el desarrollo y la muerte y, entre otras consideraciones, puede anunciar las fases de la evolución mística: la purgativa, la iluminativa y la unitiva (Bonaventure Mve Ondo, *Sagesse et initiation à travers les contes, mythes et légendes fang*, 1ère édition, Centre Culturel Français de Libreville/ Ministère de la Coopération et du Développement, 1991. 2ème édition, L'Harmattan, 2007, p. 28 y 88).

Desde esta perspectiva metodológica y comparativa, se ha establecido, además de la lingüística, otras múltiples analogías existentes entre la filosofía antigua de Egipto y de otras culturas africanas, tales como los Yoruba, los Walaf, los Peul, los Ndowé, los Bambara, los Bantu, Bubi, etc. que, como lo subrayé al principio, componen el período antiguo de la Filosofía africana.

Queridos oyentes, dado que el tema de la Introducción a la Filosofía africana es demasiado extenso, creo que nos haría falta un curso de nueve meses para aclarar muchos de sus aspectos esenciales. De todas formas, aprovecharé este corto espacio de tiempo que me queda para hacer una breve alusión a las etapas medieval, moderna y contemporánea. Como os anuncié, tras el florecimiento de la actividad filosófica en la milenaria ciudad de Aksum, en Etiopía, en los siglos IV y V de nuestra era, e igualmente en Nigeria y en Cartago, en África del norte, otro de los principales centros de la actividad filosófica medieval africana se sitúa en el Imperio Mandingo, actual República de Mali, donde sobresalen la investigación en ciencia Humanas, cuyo modelo es el *Manden Kalikan* (le Serment du Mandé) o la *Charte du Mandé*, de 1222, y la náutica mediante la cual construyen barcos con los que cruzaron el océano Atlántico en 1310 y 1311. A eso se añade el progreso conseguido por la Escuela de Tumbuctú, al frente de la cual se sitúa el gran filósofo Abderrhman ben Abdallah es-Sâdi. La etapa moderna la inauguran el auge de la ciencia astronómica entre los Dogon, también en Malí, donde cada una de las tribus que componen su cultura es un buen especialista en un determinado dominio de los sistemas planetarios, y el racionalismo impulsado por Zār'a Ya'aqob, en Etiopía. En esta etapa se puede incorporar a los pensadores de la diáspora, tales como Juan Latino (España) y William Amo (Alemania), ese último regresará a su país de origen, la actual República de Ghana, en 1747. El período contemporáneo, empieza ya con el discurso liberador del gran movimiento del panafricanismo, que remonta al siglo XVIII, en el que podemos situar diversas generaciones, desde Henry Sylvester Williams y William E. B. Du Bois, George Padmore, Kwame Nkrumah, Jomo Kenyatta...pasando por Patrice Lumumba, Sékou Touré,... hasta llegar a Agostinho Neto, a Thomas Sankara, a Madiba (N. Mandela)... En esta extensa corriente de pensadores cabe incluir a Cheikh Anta Diop,

a Mongo Beti... Todos estos han sido partidarios de la ideología y de la filosofía de la lucha por la liberación total del África. Junto al panafricanismo, se encuentra la corriente de la Negritud, en sus distintas expresiones.

Nada más. Muchas gracias por vuestra atención.

Bibliografía:

Aristóteles, *Metafísica*, séptima edición, Colección Austral, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1972.

-*La Métaphysique*, Pocket, 1991.

Bonaventure Mve Ondo, *Sagesse et initiation à travers les contes, mythes et légendes fang*, 1ère édition, Centre Culturel Français de Libreville/ Ministère de la Coopération et du Développement, 1991. 2ème édition, L'Harmattan, 2007.

Cheikh Anta Diop, *Antériorité des civilisations nègres, mythe ou vérité historique?*, Présence Africaine, 1967.

-*Nations nègres et culture II*, Présence Africaine, troisième édition, 1979.

-*Civilisation ou barbarie*, Présence africaine, Paris, 1981.

Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, tomo 2, Libro VIII, Ediciones Teorema, 1985.

Dirk Huylebrouck, revue *Pour la Science*, avril/juin 2005, n° 47.

Emile Amélineau, *Prolegomènes à l'étude de la religion égyptienne, essai sur la mythologie de l'Égypte*, Paris, Ernest Leroux, Éditeur, 1908.

Eugenio Nkogo Ondó, *Síntesis sistemática de la Filosofía africana*, Centro de Estudios Africanos, Universidad de Murcia, 2001 / reedición, Ediciones Carena, Barcelona, 2005.

-*Le génie des Ishango, synthèse systématique de la philosophie africaine*, Éditions du Sagittaire, Paris, 2010.

Ferdinand Hofer, *Histoire des Mathématiques*, Librairie Hachette, Paris 1950.

Gustave Lefebvre, *Essai sur la médecine égyptienne de l'époque pharaonique*, P.U.F. Paris 1956.

Isabela Argesaru et Florentina-Claudia Dumitrescu , “L’histoire des chiffres”, *Bulletin scientifique en langues étrangères appliquées* [En ligne], Le français sur objectifs spécifiques, Numéro 1. Bulletin scientifique en langues étrangères appliquées, mis au jour le: 11/07/2013.

Jamblique, *Vie de Pythagore*, Introduction, traduction et notes par Luc Brisson et Alain Philippe Segonds, 2e tirage revu et corrigé, Les Belles Lettres, Paris 1996- 2011.

Jean-Marie Aubame, *Les Beti du Gabon et d'ailleurs, Tome II, croyances, us et coutumes*, postface du professeur Fidèle-Pierre Nze-Nguema, Éditions L'Harmattan, Paris, 2020.

Jean Paul Mbeleck, “Le deschiffrement de l’os d’Ishango”, revue *Ankh*, n° 12/13, éd. Khepera, 2014.

Jean Vercoutter "Rubrique" in *La Science antique et médiévale*, P.U.F. Paris, 1957.

Joseph Ki-Zerbo, *Histoire de l'Afrique noire*, Hatier, 1978.

Kum'a Ndumbe III, *L'Afrique reprend sa place*, **Conférence donnée en langue allemande**, à la section d'AfricAvenir International Berlin, vendredi 9 février, 19 heures, Éditions AfricAvenir, Vienne/Autriche, 2018.

Le papyrus d'AHMÈS, Revue d'Humanités Classiques Africaines, année 2015, n° 1.

Paul Ver Eeke, *Les Oeuvres complètes d'Archimède*, Albert Blanchard, Paris 1960.

Platón, *El banquete, Fedón y Fedro*, Colección universitaria de Bolsillo, Punto Omega, Ediciones Guadarrama, S. A., Madrid, 1969.

-*Le banquet, Phèdre*, Traduction, notices et notes par Émile Chambry, Garnier Frères, Paris, 1964, et Flammarion, Paris 1992.

Plutarco, *Isis y Osiris*, Nota introductoria y traducción de Fransesc Gutiérrez, José J. de Olañeta, Editor, Barcelona, 2013.

Porphyre, *Vie de Pythagore et Lettre à Marcella*, texte établi et traduit par Édouard des Places, S. J. Correspondant de l'Institut, Avec un appendice d'Alain-Philippe Segonds, troisième tirage, Les Belles Lettres, Paris, 1982- 2010.

Richard Mankiewicz, *L'histoire des mathématiques*, Paris, Seuil, 2001.

Tsira Ndong Ndoutoume, *Le Mvett, l'homme, la mort et l'immortalité*, L'Harmattan, Paris, 1993.

Thomas Eric Peet, *The Rhind Mathematical Papyrus*, University Press of Liverpool, 1923.

Vasilii Vasilevich Struve, *Mathematischer Papyrus des Staatlichen Museums der Schönen Künste in Moskau* (Quellen und Studien zur Geschichte der Mathematik; Abteilung A; Quelle, Band I) Berlin, 1930.

© Eugenio Nkogo Ondó

Valladolid, 22 de febrero de 2017, León, 17 de julio de 2017. Revisado el 29 de enero de 2021.